

Heroínas incómodas

La mujer en la independencia
de Hispanoamérica

Francisco Martínez Hoyos (coordinador)



Ediciones
Rubeo

© De esta edición:
Ediciones Rubeo, 2012
www.edicionesrubeo.blogspot.com

© De las ponencias: sus respectivos autores.

Ilustración de portada: Rabona y soldado. Acuarela de Pancho Fierro (siglo XIX).

ISBN:978-84-939865-4-4

Depósito Legal:B-15015-2012

Impreso en España

Queda terminantemente prohibida, salvo las excepciones previstas en las leyes, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y cualquier transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual según el Código Penal.

Manuela, la «amable loca»

Juan Carlos Chirinos
Escritor

¿Qué mucho sigan los miembros a su Cabeza?
Si hemos recibido de esta Cabeza los bienes,
¿por qué no sufriremos también los males?
¿Queremos quizá no sentir lo triste
y participar tan solo de lo gustoso?
San Bernardo

Manuela Sáenz tiene su leyenda; mas, junto a la leyenda,
hay que escribir también la historia.
Jorge Villalba Freire

I. Venerar es amar

No cabe duda de que el amor no desaparece en la guerra; al contrario, el amor inicia la guerra. La prueba literaria más obvia, desde luego, es la pasión que movió a Paris a raptar a la hermosa Helena —pero siempre con los dioses de por medio— dando de esta forma inicio a la guerra más famosa de la literatura griega, que tanto ha marcado el destino de las letras en Occidente. El amor mueve montañas, pero también mueve a Odiseo por el mar, hacia su tierra, a pesar de que —otra vez, siempre— un dios intentara frustrar por todos los medios el ansiado regreso. Amor por Ítaca, pero también amor conyugal hacia Penélope, que fiel sortea las viles pretensiones de aquellos que quieren mal a su marido. En la realidad también el amor —ese vivo anhelo— fue el que empujó a Alejandro hacia el más extremo oriente que pudo alcanzar, y lo hechiza en los ojos de la hermosa Roxana; el amor maternal de Olimpia le acarreó más dolores de cabeza que satisfacciones al héroe macedonio; el

amor hacia Hefestión lo hundió en la tristeza y quizá fue otra de las causas, esta anímica, de su temprana muerte; y también el amor encierra y condena, primero a Julio César y luego a Marco Antonio, por la inteligente Cleopatra. Los problemas empiezan —y terminan— cuando aparece el amor, cuando la casa «se llena de amor», parafraseando a García Márquez, que cuenta las guerras y los amores de aquel siglo de soledad.

Quizá los héroes, los de ficción y los de carne y hueso, necesiten compensar la ferocidad de las batallas con la suave caricia de la pasión; ítem más, los héroes titánicos necesitan que ese amor sea algo superior, algo que pueda traspasar(los), es decir, perpetuarlos: El amor del que venera:

Yo amé al Libertador; muerto, lo venero y por eso estoy desterrada por Santander. Crea usted, mi amigo, que le protesto con mi carácter franco que soy inocente, menos en quitar del castillo de la plaza el retrato del Libertador. Visto que nadie lo hacía, creí que era mi deber, y de esto no me arrepiento; y suponiendo esto delito, ¿no hubo una Ley de Olvido dada por la Convención? ¿Me puso a mí fuera de esta Ley?¹

Estas son palabras valientes de Manuela Sáenz (1797-1856), cuando quizá solo ella, y unos pocos más, veneraban a Simón Bolívar, Libertador por entonces (convenientemente) odiado por aquellos que en algún momento le sirvieron con lealtad —Páez, Santander—. La vida de esta mujer entra en la historia de América, de la independencia de América, de la mano del amor, legendario ya, entre ella y Bolívar; ella, que es conocida como la Libertadora del Libertador, no solo por haberle salvado la vida en una ocasión, sino porque fue este amor maduro el único que pudo sustituir en el ánimo del «hombre de las dificultades» aquel remoto amor por María Teresa Rodríguez del Toro, su esposa muerta a principios del siglo XIX. Y ella seguiría fiel al recuerdo y la veneración, leal amante hasta el

final de sus días, cuando la difteria se la lleva junto a sus sirvientas casi instantáneamente.

El lugar que había venido ocupando Manuela Sáenz en la memoria histórica del continente era semejante a la que se evidencia en los testimonios de los viajeros del siglo XIX, asombrados testigos de cambios que muchas veces apenas entendieron:

El discurso se modifica ostensiblemente cuando se trata de situaciones que no forman parte del entorno épico y emblemático de la gesta emancipadora o, peor aun, cuando a la iniciativa política la acompañan conductas que no entran dentro del marco de lo establecido. En relación con este último aspecto es especialmente revelador el testimonio del francés Boussingault sobre Manuela Sáenz. Resulta incomprensible para el francés y por tanto altamente censurable la actitud de una mujer como Manuela, inquieta, comprometida políticamente, involucrada de manera directa en la lucha de la independencia, pero cuya forma de actuar no se ajustaba a los patrones de la época: adúltera, amante pública y conocida de Bolívar, indiscreta en la expresión de sus opiniones, de gustos excéntricos y hábitos poco convencionales. El juicio, por tanto, termina siendo condenatorio, salvo cuando se trata del hecho que la convierte en heroína indiscutible de su tiempo, en la «libertadora del Libertador» por salvarle la vida la noche del atentado de septiembre; es ello, en todo caso, lo que es digno de rescatar como valedero para la historia, lo demás sirve para demostrar cuán irregular y poco apropiada era su manera de conducirse en sociedad².

Esta mirada condenatoria ha cambiado, desde luego. Hoy en día su figura histórica trasciende la condición de amante del Libertador, y así ha sido considerada desde hace ya tiempo, pues la conciencia de su lugar en la historia está lejana de la de los historiadores tradicionales que, al decir de la investigadora Amy Taxin, esta historiografía escribieron,

(...) casi exclusivamente sobre su vida sentimental y romántica. [Los historiadores tradicionales] La reconocieron y la criticaron por la relación “adúltera” que ella mantuvo con Simón Bolívar. Estos estudios redujeron el personaje de Manuela Sáenz al papel de “la amante”, un simple satélite del gran “Libertador”. En un poema dirigido a Bolívar, Fernando Fernández García describió cómo la sociedad colombiana percibía a Manuela Sáenz.

... en molicie inmoral vives ahora
en los festines que el deleite inflora
en brazos de una hetaira corrompida.
Al seno de la ‘bella Manuelita’
reclinas la cabeza ya marchita
y el miserable barro al fin se advierte³.

Las nuevas investigaciones «abandonaron la crítica a su vida personal, y comenzaron por primera vez a iluminar su contribución a la causa independentista»⁴. Quizá los nuevos enfoques de la historia, el feminista, cómo no, han ayudado a esclarecer algo que debería haber sido claro y distinto desde el mismo comienzo de la escritura de la historia de las independencias: que las mujeres, que padecieron las mismas condiciones que los hombres durante la colonia, no fueron ajenas a los procesos históricos de su época, y que no fueron pocas las ocasiones en que las mujeres pelearon, conspiraron y, como dice la activista política ecuatoriana Nela Martínez, al referirse a Manuela Sáenz, se trata de «la quiteña más ilustre, aunque paradójicamente poco conocida en su aporte a la causa de la Independencia, que comprende el apoyo económico, la labor de celosa guardiana del archivo y del Libertador, el avituallamiento de las tropas...»⁵. Se evidencia que muchas mujeres tuvieron la misma activa participación que sus compatriotas varones⁶.

Y es que la sociedad colonial en América, sobre todo en

las capitales de los virreinos más importantes, estuvo constituida, contra lo que se podría suponer, por mujeres y hombres de sólida formación intelectual y cultural. Taxin destaca la opinión de un cura italiano, Mario Cicala, que se sorprende al encontrar mujeres que aprenden primero a leer y a escribir que a cocinar, y que desde pequeñas reciben formación espiritual, sí, pero también de otras materias como política e historia; lo cual las convertía en exquisitas conversadoras⁷. Este testimonio contrasta con otros dos de la misma época que revelan el nivel cultural que reinaba en las colonias inglesas recién liberadas, y en lugares de menor importancia económica como Caracas. En el primer caso, el testimonio es de Francisco de Miranda, a su paso por la por entonces recién fundada república del norte:

Las mujeres aquí tienen poquísima instrucción y reuniones de sociedad casi no existen... Las casadas tienen un club todos los sábados en que seis u ocho familias se juntan a comer, muchas veces a siete millas de la ciudad, y concluido esto cada una se marcha a su casa. Las solteras tienen sus «Tea Parties» entre ellas, y en esto está toda la escuela de modales, costumbres, elegancia, etc., de que resulta que son sumamente deficientes en estos aspectos, preocupándose de sí mismas como no he visto jamás. En el invierno tienen una mal dirigida asamblea de baile —la sala sin embargo aunque un poco pequeña, está hecha con gusto y los adornos son elegantes— en que viejos y mozos danzan por lo general con ordinariéz. Es cosa muy particular que la lista de suscripción no se haya ofrecido a ningún oficial del ejército americano, de lo que resulta que ninguno puede asistir. ¡Véase aquí la envidia del cuerpo mercantil y la ingratitud del pueblo en general! Los hombres no están mejor en lo que se refiere a sociedad. Un club los lunes por la noche en que se juega a los naipes y cenan un poco de fiambre de las siete a las diez, es todo lo que han podido inventar en favor de la sociedad. En una palabra, la sociedad no se conoce aún⁸.

Por su parte, en Caracas, son los propios habitantes los que se quejan, en 1771, de las pocas ocasiones y espacio para el

esparcimiento de que gozan los súbditos; el Cabildo de Caracas se dirigió al Rey señalándole lo siguiente: «No tenemos paseos, ni teatros, ni filarmónicas, ni distracciones de ningún género; pero sí sabemos rezar el rosario y festejar a María, y nos gozamos de ver a nuestra familia y esclavitudes llenas de alegría y entonar himnos a la reina de los Ángeles»⁹. Situación que no habrá cambiado demasiado treinta años después, cuando el viajero Francisco Depons pase por la ciudad, pues aunque ya existía un teatro, una filarmónica y una alameda, se quejaba de lo yermo del ambiente cultural caraqueño, y escribe que «cada español vive en su casa como en prisión», que solo sale para ir a la iglesia o a cumplir con sus obligaciones. «Ni siquiera trata de endulzar su soledad con juegos cultos; gusta solo de aquellos que lo arruinan, no de los que pueden distraerlo»¹⁰. Como se ve, la uniformidad, como es de suponer, no es una característica que defina al vasto nuevo continente; en cada lugar se desarrolló una historia particular que conserva características generales semejantes, pero que de ninguna manera pueden ocultar las diferencias que trazan perfiles resueltos y diferentes. La unidad en la diversidad que tanto buscaron Vasconcelos, Reyes, Úslar, Paz y tantos otros, parece tener sus inicios mucho antes de que las repúblicas tuvieran entidad propia. ¿Cómo excluir a las mujeres, pues, de tan complejo, largo y denso proceso?

Por eso, Taxin afirma que para comprender el liderazgo de Manuela Sáenz en su contexto,

(...) es necesario mirar más allá de su vida romántica, y dejar de idealizarla como la única mujer activa de su época. Es esencial contextualizar su contribución política a partir del papel político que jugaba la mujer en las campañas para la Independencia. Al examinar las actividades y actitudes no solo de esta mujer quiteña sino también de sus compañeras, se comprende por qué era tan excepcional esta figura histórica. Solamente allí comienza a destacarse la personalidad de Manuela Sáenz. *Era una*

*mujer única no por su relación con Bolívar ni por su actividad política, sino por la capacidad de liderazgo que ella poseía*¹¹.

La singularidad de Manuela Sáenz no está en que era mujer sino en que, entre sus contemporáneos, fue capaz de liderar, y de apoyar, al líder indiscutible del proceso, Simón Bolívar.

Y además se amaron, desde luego que se amaron. ¿Y para qué ser humano, entonces, si no?

II. Vida de guerrera

Manuela Sáenz nació en Quito el 27 de diciembre de 1797, y murió de una fulminante difteria en Paita, Perú, el 23 de noviembre de 1856¹². Cincuenta y nueve años de una vida que da no para una, sino para varias novelas de variados estilos. Hija natural del comerciante español Simón Sáenz Vergara y de María Joaquina Aispuru, ecuatoriana hija de españoles que durante la guerra de Independencia apoyaría a los rebeldes contra la corona española. Pasa la infancia con su madre, pues su padre estaba casado con Juana María del Campo Larrahondo y Valencia. A diferencia de su madre, el padre no apoya la causa independentista, por lo cual es hecho prisionero en la rebelión de Quito del 10 de agosto de 1809, pero recupera la libertad en 1810, cuando esta revuelta es derrotada.

Aprende a leer y escribir (y a rezar) en el convento de Santa Catalina, donde ha sido internada; la leyenda según la cual habría sido raptada por el oficial Fausto D'Elhuyar se tuvo por buena durante mucho tiempo, pero esto no ha podido verificarse. A la edad de veinte años contrae matrimonio con Jaime Thorne, mucho mayor que ella; Thorne es un comerciante inglés con quien se traslada a vivir a Lima, y permanecen allí hasta 1820. Paralelamente, Bolívar está obteniendo espectaculares victorias en la liberación de la Nueva Granada, y la aún no revolucionaria capital inca no es ajena a estas noticias; pronto

empiezan a aparecer entusiastas partidarios de la causa, y Manuela es una de ellas: «[Manuela Sáenz] se convierte en miembro activo de la conspiración contra el virrey del Perú, José de la Serna e Hinojosa (1821); al declararse la independencia del Perú admira a José de San Martín»¹³. Manuela fue una de las principales activistas en la conspiración por la independencia. Hacía reuniones, disimuladas de encuentros sociales, en su casa; allí se ejercía el espionaje y el intercambio de información. Participó en las negociaciones con el batallón de Numancia, y una vez liberado el Perú se le reconocen sus servicios a la causa al condecorarla como *Caballera del Sol*, cuya inscripción dice «Al patriotismo de las más sensibles».

El matrimonio de Manuela con el Dr. Thorne no prosperó; en 1822 se separa sentimentalmente de él y encuentra como excusa un viaje con su padre a Quito. El destino estaba a punto de cumplirse: allí, el 16 de junio, entra triunfalmente Bolívar con su ejército, y no lo hace con timidez:

Esa vez Bolívar no hizo gala de falsa modestia con su atuendo. Llevaba «uniforme verde militar, casaca con ribetes de oro, charreteras y condecoraciones de general; una magnífica espada de oro; pantalones amplios y primorosamente tejidos; grandes botas de montar con espuelas. El cinturón le sujetaba una banda de seda tricolor con borlas doradas, que bailoteaban desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo»¹⁴.

Desde luego, esta entrada de Bolívar en Quito tiene todas las características propias de un *triumfo* tal como lo celebraban los generales vencedores en Roma, y quizá quisiera remedar la entrada triunfal de César a su regreso de la Galia, en 46 a.C. —ocasión en la que fue ejecutado, por cierto, Vercingétorix—. En cambio, la entrada de Bolívar fue *adornada* con doce bonitas muchachas quiteñas que lo coronaron con laureles; mientras esto ocurría, cayó sobre la cabeza del héroe, desde un balcón,

una corona adicional: «Bolívar levantó la vista y vio a una cautivante mujer joven, cuyo pelo negro enmarcaba una cara blanca y rosada. Tenía enormes ojos oscuros, labios vivaces y llenos»¹⁵. Era Manuela Sáenz.

Manuela lo conoce esa noche, en un baile en homenaje al Libertador, y de inmediato ambos se sienten poderosamente atraídos. La relación se establece al instante, y promete ser duradera e intensa, aunque Harvey insinúa que el Libertador podría no haberse entregado del todo a esa pasión, consumido como estaba por *la causa*:

Durante cuatro horas formaron pareja. Competían en galanura y la atracción fue mutua. (...) Él la encontró físicamente fascinante, pero también admiraba sus éxitos, su valor —era excelente amazona y esgrimista— y su franqueza política. Más que ninguna de las mujeres que Bolívar había tenido en su vida, ella compartía sus intereses políticos. Y estaba dispuesta a someter su personalidad a la de él, tan distante y egoísta. Bolívar anteponía el afán de gloria y la causa de la independencia a cualquier relación humana. Desde la muerte de su joven esposa, María Teresa, no puede decirse que mujer alguna haya sido el amor de la vida de ese hombre, con una sexualidad insaciable. Pero sí es posible afirmar que Manuelita estuvo más cerca de serlo que las demás¹⁶.

Se hacen amantes; y ella, no obstante, ocupará el lugar que veinte años antes ocupara la española María Teresa Rodríguez del Toro, pero en esta ocasión a la atracción erótica y la pasión amorosa se sumará la sintonía intelectual. ¿Se puede equiparar este amor a las grandes pasiones de la historia, reales o imaginarias —Romeo y Julieta, Marco Antonio y Cleopatra o, incluso, Felipe I de Habsburgo, *el Hermoso*, y Juana I de Castilla, *la Loca*—? Quizá no; pero desde luego no parece prudente desestimar la influencia de la quiteña en el futuro político y emocional del caraqueño. En todo caso, vale la pena señalar que justo al año siguiente de conocer a Manuela, Bolívar escribirá

su texto lírico más conocido, *Mi delirio sobre el Chimborazo*, poema en prosa dedicado al volcán ecuatoriano de más de seis mil metros de altitud, que se halla a poco más de cien kilómetros de Quito, como si la conmoción emocional que significó relacionarse con la quiteña lo hubiera catapultado a la búsqueda de las cimas más elevadas, siquiera de manera literaria. He aquí al Bolívar más ferozmente romántico; más, si cabe, que en sus cartas, siempre magníficas piezas de romanticismo decimonónico:

Yo venía envuelto con un manto del Iris, desde donde paga su tributo el caudaloso Orinoco al dios de las aguas. Había visitado las encantadas fuentes amazónicas, y quise subir al atalaya del universo. Busqué las huellas de La Condamine y Humboldt; seguías audaz, nada me detuvo; llegué a la región glacial; el éter sofocaba mi aliento. Ninguna planta humana había hollado la corona diamantina que puso las manos de la eternidad sobre las sienas excelsas del dominador de los Andes. Yo me dije: este manto del Iris que me ha servido de estandarte ha recorrido en mis manos regiones infernales, surcado los ríos y los mares y subido sobre los hombros de los Andes; la tierra se ha allanado a los pies de Colombia, y el tiempo no ha podido detener la marcha de la libertad. Belona ha sido humillada por el resplandor del Iris, ¿y no podré yo trepar sobre los cabellos canosos del gigante de la tierra? ¡Sí podré!, y arrebatado por la violencia de un espíritu desconocido para mí que me parecía divino, dejé atrás las huellas de Humboldt empañando los cristales eternos que circuyen el Chimborazo. Llego como impulsado por el genio que me animaba, y desfallezco al tocar con mi cabeza la copa del firmamento; tenía a mis pies los umbrales del abismo.

Un delirio febril embargaba mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior, era el Dios de Colombia que me poseía¹⁷.

Late en este texto el fuego del romanticismo, sin duda; no en balde es Bolívar, quizá sin quererlo, uno de los más conspicuos representantes literarios del movimiento en América Latina. Su concepción *titánica* de la libertad («el tiempo no ha

podido detener la marcha de la libertad») y la relación *telúrica* de su yo con lo divino de la naturaleza, en el fondo tan pánica («Un delirio febril embargaba mi mente; me siento como encendido por un fuego extraño y superior, era el Dios de Colombia que me poseía») lo eleva a la condición de *espíritu romántico* tal como lo expresa Safranski en su obra:

El espíritu romántico es multiforme, musical, rico en prospecciones y tentaciones, ama la lejanía del futuro y la del pasado, las sorpresas en lo cotidiano, los extremos, lo inconsciente, el sueño, la locura, los laberintos de la reflexión. El espíritu romántico no se mantiene idéntico; más bien, se transforma y es contradictorio, es añorante cínico, alocado hasta lo incomprendible y popular, irónico y exaltado, enamorado de sí mismo y sociable, al mismo tiempo consciente y disolvente de la forma. Goethe, cuando ya era un anciano, decía que lo romántico es lo enfermizo¹⁸.

Da la impresión de que esta definición no solo puede aplicarse a la hora de referirse a Simón Bolívar, sino que podría ser bastante adecuada para acercarse a la personalidad de Manuela Sáenz, y quizá en eso ambos coincidan. Tal vez porque la causa de la libertad, la Revolución (con mayúscula) dentro de la cual se conocieron y que compartieron con vivacidad, sea lo que los convierte en una pareja romántica, consumida en el propio fuego de sus anhelos:

La Revolución se percibió como una escena originaria de la acción fundadora de la sociedad. Lo que hasta aquel momento las teorías ilustradas del contrato social, dentro de las cuales Rousseau era el caso más reciente, habían proyectado en una prehistoria abstracta y en un espacio igualmente abstracto, ahora despertaba de pronto en los hombres la fe en una realización inminente, en un presente al alcance de la mano¹⁹.

¿Cómo, entonces, no pensar que incluso las cimas más arduas, como la de un titánico volcán, podían ser conquistadas

por el acto del revolucionario, incluso por el acto de la palabra? Puro romanticismo inflama la pluma del caraqueño y la quiteña cuando escriben sus cartas²⁰.

Cuando en 1823 Bolívar parta al Perú, Manuela le seguirá semanas más tarde; y se le une en El Callao. Lamentablemente, su padre fallece al año siguiente y ella debe regresar a Lima, pero de todas formas se mantiene al lado de Bolívar, en su cuartel general, durante la campaña libertadora del Perú, y se desplaza a Lima y a Trujillo, también. Ya en 1826 ambos residen en el Palacio de Magdalena, cerca de Lima, y cuando el Libertador sale de Lima, ella se queda defendiendo el ideario bolivariano incluso después de la reacción contra el Libertador de 1827, lo que provoca que los adversarios del Libertador la apresen y la envíen al destierro. Viaja a Quito, donde permanece durante varios meses, y luego se dirige a Bogotá, en 1828, donde Bolívar es ya Presidente Libertador; viven en la Quinta de Bolívar, en Bogotá. Mientras tanto, las intrigas contra Bolívar se acentúan, encabezadas entre otros por Pedro Carujo; pero detrás de estas conspiraciones está el general Francisco de Paula Santander, enemigo acérrimo del Libertador. El 25 de septiembre de 1828 Manuela, gracias al urgente aviso de una amiga suya, frustra un atentado contra Bolívar, permitiendo que escape por una de las ventanas del Palacio de Gobierno mientras ella distrae a los conjurados. El propio Bolívar, luego de este episodio, le dio el nombre con que la conoce la Historia: «La libertadora del Libertador»²¹.

La vida del discípulo ideológico de Miranda, fundador de la Gran Colombia, se dirige hacia su amargo final; despreciado por la mayoría —no por Manuela, no por Sucre, desde luego—, Bolívar termina por abandonar todo poder. Cansado, frustrado y enfermo, decide partir lejos; pero su estado de salud solo le permite llegar hasta la quinta San Pedro Alejandrino, en la po-

blación colombiana de Santa Marta. Allí muere, el 17 de diciembre de 1830, seguro de que había «arado en el mar». En su testamento político, aún tiene esperanzas de que su esfuerzo no haya sido en vano: «¡Colombianos! Mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro», escribe el 10 de diciembre de 1830, siete días antes de morir²². Un condicional que, más de ciento ochenta años después, no ha tenido feliz conclusión.

Manuela se entera de la muerte de Simón Bolívar mientras vive en la población colombiana de Guaduas. Aun así, mantiene su adhesión al ideario bolivariano, defendiéndose sin temor de las acusaciones, con astucia y pundonor:

Dicen también que mi casa era el punto de reunión de todos los descontentos. General, crea usted que yo no vivía en la Sabana a que hubiesen éstos cabido. A mí me visitaban algunos amigos míos; yo omitía por innecesario el preguntarles si estaban contentos o descontentos, a más de eso habrían dicho que era una malcriada. Sobre que tuve parte en el Santuario, señor, es una tamaña calumnia; yo estuve en Guaduas, tres días de Bogotá, y la acción esa fue en Funza, cerca de la capital; y a más, picada por una culebra venenosa, dos veces; si hubiese estado buena, quién sabe si monto en mi caballo y me voy de cuenta de genio y no más; pues usted no ignora que nada puede hacer una pobre mujer como yo; pero Santander no piensa así; me da un valor imaginario, dice que soy capaz de todo y se engaña miserablemente; lo que yo soy es, con un formidable carácter, amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre²³.

Gobernando Santander en Bogotá, era normal que Manuela fuera perseguida por el gobierno, aunque recibiera el apoyo de varias damas neogranadinas, que publican un escrito a su favor, aunque no estuvieran de acuerdo con las ideas políticas de la ecuatoriana. La enemistad entre Manuela y Santander

es de vieja data; muchos años antes, una noche, incluso, en la Quinta de Bolívar, Manuela «fusila» al héroe neogranadino:

Celebraron por aquel tiempo los amigos del Libertador —varios de ellos eran señalados por las lenguas maledicientes de Bogotá como posibles amantes de la quiteña— festejos en aquella quinta. Asistieron muchos altos empleados, un grupo de particulares y el batallón «Granaderos». Manuelita los recibió afablemente e hizo los honores de la casa; mas, en medio del entusiasmo de aquel día, hubo un episodio: los invitados de Manuela Sáenz hicieron un grotesco muñeco de trapo, al cual le pusieron un letrero que decía: «Francisco de Paula Santander muere por traidor». Lo colocaron contra una de las paredes de la quinta, dando la espalda a la concurrencia. Un fraile se acercó a la figura y fingió prestarle los auxilios espirituales que se acostumbra a dar a los ajusticiados; después de lo cual un pelotón del batallón «Granaderos» disparó sus rifles en medio de los aplausos de los invitados. El alférez Quevedo Racheles, que se excusó de mandar la escolta, fue arrestado²⁴.

El suceso llegó a oídos de Bolívar, y este finge tomar cartas en el asunto: el amor no le permitiría ser más severo con la travesura de su «amable loca»; pasarán los años, y Santander esperará el momento para ensañarse contra ella, cuando ya no esté bajo la protección del Libertador. En ese momento, Bolívar se limita a escribir, en respuesta a los requerimientos del general Córdoba, que estuvo en la fiesta:

En cuanto a la amable loca, ¿qué quiere usted que yo le diga? Usted la conoce de tiempo atrás; luego que pase este suceso pienso hacer el más determinado esfuerzo para hacerla marchar a su país o donde quiera. Mas diré que no se ha metido nunca sino en rogar, pero no ha sido oído sino en el asunto de C. Alvarado.

(.....)

Yo no soy débil ni temo que me digan la verdad: usted tiene más que razón, tiene una y mil veces razón; por lo tanto, debo agradecer el

aviso que “mucho debe haber” costado a usted dármele, más por delicadeza que por temor de molestarme, pues yo tengo demasiada fuerza para rehusar ver el horror de mi pena²⁵.

Así que en 1834 es expulsada, acusada de conspiración, pagando seguramente el precio de hacerse con enemigos poderosos. Viaja a Kingston, desde donde le escribe a Juan José Flores, quien le permite regresar a Ecuador, aunque no puede regresar a Quito, pues Flores pierde el poder y ella el apoyo. Volvió al Ecuador en 1835; el presidente para ese entonces, Vicente Rocafuerte, ordena su salida del país. Manuela, según Rocafuerte, quería regresar para vengar la muerte de su hermano, el general José María Sáenz, caído en la batalla de Pesillo, el 21 de abril de 1834. Por eso la destierra, y así se lo escribe a Santander: «La Manuela Sáenz venía aquí con intenciones de vengar la muerte de su hermano, y con ese pretexto hacerse declarar la libertadora de Ecuador. Como es una verdadera loca, la he hecho salir de nuestro territorio, para no pasar por el dolor de hacerla fusilar»²⁶.

No le queda otra salida sino instalarse en el puerto de Paita, donde subsiste elaborando dulces, tejidos y bordados, pues las rentas por el arrendamiento de su hacienda de Catahuango, en Quito, no le eran enviadas. Permanece allí el resto de su vida. Por allí pasarán personalidades como Hermann Melville, Giuseppe Garibaldi y Simón Rodríguez, quienes darán asombrado testimonio de la cultura e ingenio de la quiteña.

Esos últimos años de la vida de Manuela no estuvieron exentos de episodios relativos a su relación con Bolívar; comoquiera que desde la década de los cuarenta la imagen del Libertador había comenzado a restituirse en el lugar histórico que le correspondía —y más; en poco tiempo Bolívar se convertiría en la moneda de cambio más corriente, incluso en la actualidad, para invocar toda clase de atropellos en nombre del lugar cuasi-

divino, mesiánico, que convenientemente se le ha dado, deshumanizándolo para convertirlo en un símbolo lejano e intocable—, Manuela se convirtió en personaje a desaparecer de la historiografía oficial. Unos pocos apenas siguieron considerándola importante para entender la figura y la vida del Libertador. El general Daniel O’Leary, consciente de la importancia de la quiteña, y preparando sus memorias sobre Bolívar, le pidió que le permitiera revisar la correspondencia y los documentos que solo ella poseía; ella accedió, amistosa. Pero cuando se preparaba la edición de los volúmenes, los cancerberos morales de turno detectaron los pasajes en los que se hablaba de la estima del Libertador por ella y, horrorizados y sin piedad, los hicieron desaparecer. Y no sería la única vez que la existencia de Manuela Sáenz fuera «condenada a las llamas»:

En 1883, en ocasión del primer centenario del nacimiento de Bolívar, se imprimieron en Venezuela las *Memorias* de Daniel Florencio O’Leary, por mandato del Ilustre Americano²⁷. La monumental edición de más de treinta tomos se llevaba a cabo sin contratiempos hasta que llegó el momento de publicar el volumen en el que, inevitablemente, aparecían las cartas de Bolívar y su amada. La decisión de Guzmán fue impedir su publicación y ordenar que se quemasen los originales del irlandés. «La ropa sucia se lava en casa y jamás consentiré que una publicación que se hace por cuenta de Venezuela amengüe al Libertador», fueron las palabras de Guzmán, y así se hizo. En 1914 aparecieron los pliegos que se salvaron de la candela y, finalmente, salieron a la luz pública²⁸.

En 1854 fallecen O’Leary y Simón Rodríguez, su otro amigo, que muere con la sentencia clásica en los labios, «comedia finita es»²⁹. Sola y en Paita se queda. Pero no por mucho tiempo.

En 1856 Paita es asediada por una epidemia de difteria, en la que ella cae como una de las primeras víctimas, sin escapatoria alguna:

She could not flee. She could take no precautions; for what precautions could one take when the whole air was filled with the miasma of the disease? Two of her servants died, and were pulled away in the death cart. Then her old slave companion Juana Rosa succumbed, and the general, acting for Manuela, personally buried the ancient retainer.

Four days later, Manuela followed the last of her slaves to death³⁰.

Para evitar que la epidemia siguiera propagándose, su cadáver fue incinerado junto con sus pertenencias, entre las que se hallaban las cartas que Bolívar le había escrito. Una enfermedad se llevó a ambos amantes, y una enfermedad destruyó el testimonio de ese amor.

III. «El tiempo me justificará»

Manuela Sáenz ha devenido, en el imaginario bolivariano, independentista y, podría decirse, latinoamericano, en el ejemplo perfecto de mujer inteligente, feroz y pasional; la consideración hacia ella ha oscilado entre la admiración, algo machista por cierto, hacia la valentía de una mujer hermosa y sin vergüenza a amar, y la cariñosa censura de una «amable loca», como el mismo Bolívar la llamó en sus cartas. En nuestra época ha sido la inspiración de un imaginario novelístico que en su momento conmocionó a la opinión pública —el célebre texto del venezolano Denzil Romero, ganador del premio de novela erótica «La sonrisa vertical» en 1988³¹—, y tema para biografías noveladas más amables en las que se la muestra como crisol de una generación de mujeres que influyeron, usando de sus recursos y sus encantos, en el desarrollo de la guerra de Independencia:

Mis carruajes eran considerados de gran lujo, mis vestidos imponían muchas veces la moda, mi belleza despertaba anhelos, decires, persecuciones y requiebros y yo supe utilizar a perfección toda esta situación, para junto a otras mujeres limeñas de alta sociedad y de Rosita Campu-

zано, la compañera del General José de San Martín, la guayaquileña hermosa, generosa, plena de vida y dulzura, ir tejiendo las condiciones necesarias para que se afianzaran las ideas de independencia y libertad. Nuestros salones, encuentros, nuestras reuniones y conversaciones, nuestras amistades, pasaron a ser parte de ese juego de la vida o de la muerte, del complot, de la trama, del trabajo que poco a poco iba socavando los cimientos del Imperio Español³².

¿Cómo pensaba esta mujer excepcional? ¿Qué pensaba, cómo discurría sobre los problemas y las cosas del mundo?

Por fortuna se conservan muchas de sus cartas, y en ellas refulge su pensamiento y su visión de la realidad. Aunque es imposible abarcar la totalidad de los aspectos que se reflejan en las cartas de Manuela Sáenz, sí es posible hacerse una idea revisando algunos puntos en concreto. Tal como recomienda Plutarco, a veces es más útil destacar una manera de hablar, un detalle en la vida de un personaje para entenderlo mejor, que mostrar puramente su actuación pública, dando por hecho siempre que en personajes de la naturaleza de Manuela Sáenz, relacionada con quienes decidieron el destino de pueblos enteros y ella misma protagonista de los hechos más destacables, lo privado es una faceta de lo público, y quedaría inconclusa cualquier aproximación biográfica que ignorara este hecho. El mismo Bolívar era consciente de la importancia de los detalles privados en personajes públicos como ellos. En la que quizá sea su última carta dirigida a ella, escrita desde Guaduas en 1830, le ruega:

Mi amor:

Tengo el gusto de decirte que voy muy bien y lleno de pena por tu aflicción y la mía por nuestra separación. Amor mío, mucho te amo, pero más te amaré si tienes ahora más que nunca mucho juicio. Cuidado con lo que haces, pues si no, nos pierdes a ambos perdiéndote tú.

Soy siempre tu más fiel amante

«Cuidado con lo que haces»; esta orden se suaviza dada en el contexto de la pasión amorosa, y revela el nivel altísimo de complicidad y confianza entre ambos, y hasta qué punto estaba engarzada la imagen pública de Bolívar con la de su compañera, que no puede serlo «bajo los auspicios de la inocencia y el honor» a causa de su compromiso con el Dr. Thorne, pero que en la práctica tiene todas las condiciones para pasar por la cónyuge legítima del Libertador. Y es en esa condición como él le escribe.

Luego de su muerte, la defensa abierta que hace de la memoria del hombre se entiende perfectamente. No otra relación puede tener con Santander, que tanto daño hizo a Bolívar: Soy, dice Manuela, «amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos, y de nadie con la fuerza que de este ingrato hombre». En un aspecto parece insobornable: en la lealtad. Y la primera lealtad es hacia ella misma. En la carta citada más arriba, dirigida al general Flores, una Manuela Sáenz de treinta y siete años, vividos en medio de los fuegos de la guerra y la pasión del amor, avivados por la fuerza del intelecto, parece tener muy clara su posición en la vida, inquebrantable postura de quien ya sabe lo que quiere, lo tiene y no lo va a soltar:

Mucho trabajo me costó salvar todos los papeles el año 30 y esta es una propiedad mía, mía. Para no dejar duda a los acontecimientos de atrás, yo invoco a usted mismo en mi favor. Usted sabe mi modo de conducirme y esta marcha llevaré hasta el sepulcro,³⁴ por más que me haya zaherido la calumnia. El tiempo me justificará³⁵.

Se muestra inmune al desaliento, porque está consciente de que sus amigos —y sus enemigos— *saben su modo de conducirse*,

esto es, ha demostrado con hechos su carácter. Y dando muestras de una lúcida conciencia histórica, afirma con la autoridad del que confía en las pruebas: «*El tiempo me justificará*»³⁶. Es tarea de la Historia subrayar luces y acentuar sombras para que la posteridad tenga una imagen lo más objetiva posible, más bien lo más documentada posible, del personaje histórico.

Meses más tarde, el 19 de octubre de 1835, Manuela escribe de nuevo a Flores, indignada y confirmándose a sí misma, con una prosa que no olvida la elegancia que proporcionan las buenas imágenes:

Mi querido amigo:

En mal papel, de mala letra, apenas puedo a usted ofrecer un buen corazón³⁷.

Ayer salí de aquí para el Sinchig y hoy he tenido que regresar por obedecer las órdenes del gobierno. Usted se impondrá por la copia que acompaño: en ella verá que es dictado por un ebrio y escrita por un imbécil. ¿Hay razón para que este canalla ponga por argumento mi antigua conducta? Señor, mis hermanos mucho me han hecho sufrir. ¡Basta! Algún día sentirán haberme mortificado; pues mi carácter, mi conducta, me justificarán³⁸.

De nuevo reafirma, en busca de su inocencia, cómo no, el testimonio de su carácter y conducta, conocidos por todos, como prueba exculpatoria. *Mi carácter, mi conducta, me justificarán* es el grito airado de quien se sabe vapuleado por las injusticias, a las que solo obedecerá si es un amigo el que se las impone: «Solo que usted me diga: “Manuela, usted cometió el gran delito que querer al L.....”³⁹ Salga usted de su patria, pierda usted gustosa lo poco que tiene, olvide patria, amigos y parientes”, me verá usted obedecer (con dolor) a lo menos seré dócil a usted, pero a usted solo, y le diré adiós su agradecida pero cuasi desesperada amiga, Manuela»⁴⁰. Se percibe aquí —quizá influida por el discurso epistolar propio del Romanticismo o acaso como estrategia

disuasoria que intenta aplicar sobre su amigo Flores— cómo por encima de las propias convicciones la amistad es la única que puede doblegarlas. En todo caso, son las cartas de una mujer que siente pocas ataduras, y cuyo compromiso está supeditado a *su verdad*, aunque esta no sea la verdad. El 25 de octubre, Flores le escribe, apesadumbrado, pues Rocafuerte ha hecho oídos sordos a su petición de dejar venir a su amiga: «La prudencia aconseja ceder a las circunstancias y obedecer al gobierno: *resígnese usted*⁴¹. Dios sabe cuál es mi pesar y mi *acervo dolor*»⁴².

Y no solo ante los amigos Manuela defiende sus derechos; también escribe a las autoridades, sin ambages, para exigir explicaciones y darlas ella: quiere regresar a su patria a ver a amigos y familiares, a pagar deudas y vender bienes, eso es todo; desde luego, sus enemigos no le creen. Y quizá no les falte razón, habida cuenta de la resuelta actuación en años anteriores. Pero ella no se amilana, y así se queja ante Miguel González, Ministro del Interior del gobierno de Rocafuerte, el 20 de octubre de 1835: «Una pobre mujer desgraciada iba a visitar su suelo patrio, a ver amigos y parientes (...) a vender la hacienda que heredó de su madre, para retirarse a morir con sosiego en un país extranjero: ¿Y será posible que hasta esto se me prohíba?»⁴³

Dos años después, continúa el gobierno inamistoso de Rocafuerte en Ecuador, y Manuela sabe que no será bienvenida entonces; en octubre de 1837 escribe a Flores: «Tengo ganas de ir a mi país, y estoy resuelta a no ir durante la administración del señor Rocafuerte»⁴⁴. El destierro se está haciendo efectivo. Pero esto no es óbice para mantenerse informada de todo, y ayudar transmitiendo información sensible, enviando cartas dignas del espía más eficaz; escribe a Flores —una carta que no deberíamos conocer, por cierto— desde Paita, el 30 de enero

de 1842:

Esto es muy reservado: El Cónsul del Ecuador, Dr. Moncayo, tiene aquí de agente a don Juan de Otoya, guayaquileño, este señor es el más anticuadoriano (hablo de Otoya) y recibe en este puerto las comunicaciones de Moncayo, y una vez no solo dejó abrir la comunicación del Cónsul, sino que remitió una carta particular escrita por el doctor Vivero; y no sé Moncayo por qué no pone otro. Moncayo es un muchacho muy ecuatoriano, pero hombre que no piensa más que en principios cuando ya estamos en los fines; es enemigo acérrimo de la oligarquía, él tiene la cabeza llena de Casio, de Bruto, etc. Por Dios: esto es preciso que usted lo reserve mucho a todos, particularmente de sus ministros, pues son sus amigos y no quiero que él se haga mi enemigo cuando mi ánimo no es de ofenderle; solo he creído prevenirle a usted de esto, por si le fuese útil y así espero que usted rompa esta carta⁴⁵.

Petición que, como se ve, Flores no cumplió. Y legó para la posteridad un documento de impagable valor, rico en matices para conocer la personalidad de esta mujer, ya madura, de cuarenta y cinco años —ella estima que le queda poco por vivir, y lo quiere hacer de la manera más saludable posible, por eso declina regresar a Quito y, en última instancia, volvería a Lima, ahora que su marido y ella mantienen cordial relación—: «Si consiguiera que me pagasen lo que tan inhumanamente me retienen, tal vez me iría a Lima. Sabrá usted que estoy de buenas con mi marido, me escribe con frecuencia, como amigo. Esto basta»⁴⁶. Pero esta carta también revela la comodidad con que se maneja con las referencias clásicas; la mención de Casio y Bruto, conjurados contra César, estableciendo de manera burlesca el parangón con el Cónsul al que sus propios “tribunos” están engañando delante de sus narices. Y revela también la conciencia que tiene en el manejo de la información en la política: como aquella es poder, en la medida en que puedan utilizarla sin que los demás se den cuenta, en esa medida podrán

servirse de ella en beneficio propio. Por eso repite varias veces en la carta que la destruya, quizá no por desconfianza, sino como “protocolo de seguridad” para mantener abierto ese canal de filtración. En julio de 1843, Manuela sigue enviando información a Flores desde Paita, en esta ocasión a propósito de unos pasquines escritos en contra del general, que ella se guarda muy bien de enviárselos y destruir los que sobren: «anoche me dio 80 ejemplares [del número 3 de *La Linterna*] a que mande yo a Quito; y le remito a usted 2 y quemé los 78»⁴⁷. Y agrega, en el entendido de que hay que conservar su “anonimato”: «Ya sé que Monsalve es el Cónsul, pero usted ni con él me descubra: yo no conozco a este señor, pero las señoras Godoy me dicen que es muy enemigo de Moncayo. Estas señoras son muy adictas a usted (menos la novia del jacobino Doctor) y siempre me encarga que lo salude»⁴⁸.

Sigue el trasiego de información, y el 10 de enero de 1844 Manuela escribe al Cónsul Monsalve, refiriéndole hechos *reservados* en su contra y en contra de Flores, y le aconseja prudencia: «Esta fue una conversación que la tuvo conmigo a solas, y así, ¡cuidado, cuidado!»⁴⁹ Pero lo grave de la misiva no excluye las peticiones a modo de *post data amables* y hasta con tono humorístico, lo que revela una personalidad siempre presta a lo amable y alejada del grave ceño: «Mándeme unos versitos para entretenerme»⁵⁰.

Casi al final de su vida, en 1853, Manuela aún conservaba la nostalgia por la patria; escribe al administrador de sus bienes, Roberto Ascasubi, agradeciéndole sus diligencias y expresándole el más vivo afecto. Este Ascasubi perteneció al «Quiteño Libre», y de joven luchó contra Flores; en 1846 estuvo desterrado en Paita y cuando regresó se hizo cargo de los asuntos de Manuela Sáenz⁵¹. Ella sabe expresar aún, a los cincuenta y seis años, la calidez de la amistad: «En mis cartas le daba a usted

las más expresivas gracias por sus buenos oficios, las que repito ahora, asegurándole que están grabadas en mi corazón que es muy sensible a sentir con vigor, pues el corazón no envejece»⁵². Y echa de menos las tradiciones de su patria; el nacimiento hecho con corozo, marfil vegetal originario de la costa ecuatoriana, para colocarlo el 24 de diciembre; el rosero, la bebida refrescante típica de su tierra; y los vocablos quichuas, llacta huasi, que le sonarían entrañablemente familiares⁵³. Incluso a la hora de firmar la carta subraya la nostalgia; coloca: *Manuela Sáenz de Quito*, ¿y de qué otra manera acercar más su propio origen que colocándolo como patronímico de su primera marca de identidad, esto es, su nombre?

IV. Más allá de la ventana

Si una razón tuvo la lucha por la independencia, esta fue la consecución de la paz en libertad. Pero esta no se obtiene sin esfuerzo. En el caso de las mujeres, el esfuerzo, en esta época, valía el doble. Como señala Inés Quintero, en todos los casos «se trata de un reconocimiento a la acción femenina, su compromiso político y el carácter protagónico que puede desempeñar la mujer cuando ello está asociado a una causa noble y de incuestionable significación política, tal como ocurre con los hechos de la independencia. Forma parte además de un discurso político propio de la época en el cual era necesario, legítimo y pertinente exaltar la voluntad indoblegable de los americanos a favor de la independencia, incluyendo también a las mujeres»⁵⁴. La vida de Manuela Sáenz se parece, en su esfuerzo transformador, en su postura desafiante y valiente, testaruda no pocas veces, es cierto, a la de los laboriosos intelectuales de la siguiente generación, escritores y escritoras, artistas todos que heredaron las repúblicas que la quiteña ayudó a crear con su lucha, su valentía, su osadía y su inteligencia. En

esa construcción de las nuevas repúblicas, el esfuerzo por sustituir las armas por las letras es enorme; y requiere el concurso de todos, y la justa medida de la herencia de los antepasados:

Al querer proscribir las armas, los muertos en los campos de batallas y el dolor de los vivos, soñaron —tal vez— superar a los héroes consagrados por las balas. Para ello fundaron escuelas, colegios, imprentas, hospitales, caminos; escribieron poemas, novelas, piezas teatrales, ensayos; legaron a la posteridad partituras, pinturas, libros; y, en definitiva, todo aquello que las posibilidades del momento y el espíritu humano confiado en el futuro puede legar. En suma, aprendieron el valor de la vida y el respeto por el cuerpo y por el alma. Se convencieron de que su aporte era labor de hacedores. Amparados en esa verdad magnífica, comprobaron que, para ser héroes, se podía prescindir del odio y de las ambiciones políticas y, para eso, estuvieron ciertos de que querían cambiar la destrucción por la construcción y que, también, era una heroica aventura esa de construir una república⁵⁵.

Tal vez Manuela Sáenz muriera sola y cercada por una terrible epidemia, pero su recuerdo y, sobre todo, la herencia de su vida —la libertad— sigue percutiendo por todo el continente y se renueva cada vez que un nuevo reto, o alguna nueva injusticia, toca a rebato en el centro luminoso de las conciencias. *Amor, acción, inteligencia y pasión*: son las cuatro palabras que parece entregarnos la quiteña cada vez que volvemos al testimonio de su vida.

Ojalá que nunca las olvidemos.

Notas

¹Sáenz, Manuela. *Carta al General Juan José Flores*, 6 de mayo de 1834. En: *Epistolario*, Quito, Banco Central de Ecuador, 1986, pág 96. Todas las citas que siguen, hacen referencia a esta edición del epistolario de Manuela Sáenz, y solo se señalará como Epistolario.

²Quintero, Inés. *Mirar tras la ventana. Testimonios de viajeros y legionarios sobre mujeres del siglo XIX*, Caracas, Alter Libris/UCV, 1998. Introducción [Tomado de: <http://www.analitica.com/bitblo/iquintero/mujer.asp#conjunto> (febrero de 2012)]

³Taxin, pág. 85.

⁴*Ibidem*.

⁵Taxin, pág.86.

⁶De hecho, incluso hubo activas mujeres realistas durante las guerras de independencia, la más famosa de las cuales sea quizá María Antonia Bolívar, la hermana mayor de Simón Bolívar que apoyó la causa realista contra las pretensiones de su hermano. Circunstancia que le trajo no pocos dolores de cabeza al Libertador. Cfr. Inés Quintero, *La criolla principal*, Caracas, Fundación Bigott, 2003.

⁷Taxin, *Ídem*, pág. 87.

⁸Miranda, *América espera*, pp. 62-63.

⁹*Archivo del Concejo Municipal*, Caracas, Actas del Cabildo, 1771; citado por: Carlos Duarte, tomo II, pág. 47.

¹⁰Depons, Francisco. *Viaje a la parte oriental de tierra firme en la América Meridional*, Caracas, Academia Nacional de la Historia, 1930, pág. 229; citado por: Carlos Duarte, Op. Cit., tomo II, pág. 47.

¹¹Taxin, *Ídem*, pág. 86.

¹²González Rumazo, pp. 19 y 237-238.

¹³«Manuela Sáenz» [María Elena Parra Pardi], en *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988, pág. 496.

¹⁴Harvey, pág. 214.

¹⁵*Ídem*.

¹⁶*Ibidem*, pág. 215.

¹⁷Bolívar Simón, *Mi delirio sobre el Chimborazo*, publicado originalmente en la imprenta de *El Venezolano*, 1823. Este texto se puede hallar en numerosas páginas en Internet, pero especialmente recomendable es

la versión que se puede hallar en la página dedicada a Bolívar, *Luces de Bolívar* en la red, patrocinada por la Universidad de los Andes, en Mérida, Venezuela [<http://www.bolivar.ula.ve/index.htm>]. También resulta útil el breve folleto del doctor Pedro Grases, “Mi delirio sobre el Chimborazo” de Bolívar (es tirada aparte del Boletín de la Sociedad Bolivariana del Paraguay, volumen IV, Asunción, 1963).

¹⁸Safranski, pág. 15.

¹⁹*Ibidem*, pág. 32.

²⁰Exagera un poco —o mucho— Robert Harvey cuando señala que después de la anexión de Quito, «Bolívar dio señales de lo que parecían delirios de grandeza: en un banquete ofrecido por sus oficiales habló de liberar a toda Sudamérica hasta el cabo de Hornos. El Chimborazo lo tenía embrujado.» (op. cit., pp. 215-216. Por cierto que el editor y la traductora en español pudieron haberse tomado la molestia de buscar los fragmentos originales —facilísimos de encontrar— del texto de Bolívar, *Mi delirio sobre el Chimborazo* en vez de traducirlos del inglés, donde ¡hasta el título! —*Mi sueño del Chimborazo*— está mal citado). Harvey olvida las derivaciones románticas del personaje, y olvida también que el panamericanismo grancolombiano no era solo un «delirio» de Bolívar, sino que hunde sus raíces en el pensamiento, más bien ilustrado, de Francisco de Miranda y su Colombia, el gran incanato; es más, puede rastrearse al menos hasta el siglo XVI, con la conformación del imperio español —ese donde no se ponía el sol...

²¹La propia Manuela, años después, en 1850, refiere por carta al general O’Leary los sucesos de esa peligrosa noche, con profusión de detalles.

²²Bolívar Simón, «Última proclama a los pueblos de Colombia», en *Simón Bolívar*, Madrid, AECI, 2011, pág.,245.

²³*Carta al General Juan José Flores*, 6 de mayo de 1834. En: *Epistolario*, pág. 96.

²⁴Rumazo González, op. cit., pág. 183.

²⁵*Ibidem*, pág. 184.

²⁶Carta citada por Jorge Villalba Freire en *Epistolario*, pág. 25.

²⁷Se refiere a Antonio Guzmán Blanco (Caracas, 28 de febrero de 1829 – París, 28 de julio de 1899), conocido como *El Ilustre Americano*. Fue presidente de Venezuela en tres ocasiones (1870-1877, 1879-1884, y 1886-1887).

²⁸Quintero Inés, *Manuela Sáenz: una biografía confiscada. En torno a la*

película *Manuela Sáenz. La libertadora del Libertador*. Artículo aparecido el sábado 25 de noviembre de 2000 en Analítica.com [http://www.analitica.com/bitblo/iquintero/manuela.asp] (consultado en febrero de 2012). La segunda ocasión en que «ha ardid» la presencia de Manuela la cuenta también Inés Quintero: «Sin embargo, en 1949, nuevamente se condenaba a las llamas la memoria de Manuela. En este caso el censor piromaníaco era Augusto Mijares, para ese entonces Ministro de Educación. La obra arrojada al fuego era una traducción de las Memorias de Boussingault. Se oponía Mijares a que, con el sello editorial del ministerio, se dieran a conocer las «necedades y calumnias» que el francés había escrito contra Bolívar y las mujeres de América. Los cuentos de Boussingault no pasaban la censura de Mijares, biógrafo del Libertador. Y así se hizo. El fragmento del francés referido a la Sáenz lo publicó, treinta años después, Jose Agustín Catalá».

²⁹Von Hagen, pp. 264-267.

³⁰*Ídem*, pág. 268.

³¹Denzil Romero, *La esposa del Dr. Thorne*, Barcelona, Tusquets, 1988.

³²Costales, pág. 34

³³Bolívar, op. cit., pág. 241.

³⁴Esta frase parece hacer lejana referencia al «yo bajaré tranquilo al sepulcro» del testamento político de Bolívar.

³⁵*Epistolario*, pág. 96. Cursivas mías.

³⁶Los elementos significativos de la Historia, objetos, símbolos, frases célebres como esta de Manuela Sáenz, siguen caminos curiosos; para los lectores *en los que nos hemos convertido* invocar la justificación del tiempo para tener razón nos habla a nosotros de las promesas —vanas, tal vez— de Fidel Castro sobre el juicio que la Historia hará de él. Frases parecidas; contextos diferentes. Pero el lector no puede dejar de hacer notar esta coincidencia.

³⁷Sin duda, detalles como éstos revelan el nivel cultural que poseía la quiteña. Haciendo gala de un eficaz metalenguaje para excusarse por lo poco prolijo de la carta, ofrece al mismo tiempo muestras de amistad contrastando a la mala letra y el pésimo papel, su «buen corazón».

³⁸*Epistolario*, pp.97-98. Cursivas mías.

³⁹Obviamente, se refiere a Bolívar.

⁴⁰*Ídem*.

⁴¹Otra vez un duro consejo emanado del afecto, como el de la última carta de Bolívar.

⁴²*Epistolario*, pág. 101. Cursivas mías.

⁴³*Epistolario*, pág. 106.

⁴⁴*Ibidem*, pág. 108.

⁴⁵*Epistolario*, pp. 114-115.

⁴⁶*Ibidem*, pág. 115.

⁴⁷*Epistolario*, pág. 142.

⁴⁸*Ídem*.

⁴⁹*Epistolario*, pág. 151.

⁵⁰*Ídem*.

⁵¹*Epistolario*, pág. 179.

⁵²*Ibidem*, pp. 178-179.

⁵³*Ídem*.

⁵⁴Quintero, *op. cit.*

⁵⁵Alcibíades, pp. 376-377.

Bibliografía

-Alcibíades, Mirla *La heroica aventura de construir una república*, Caracas, Monte Ávila, 2004.

-Bolívar, Simón. *Discursos y proclamas*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2007.

-Bolívar, Simón. *Doctrina del Libertador*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 2009.

-Bolívar, Simón. *Simón Bolívar*, Madrid, AECI, 2011.

-Carrera Damas, Germán (Dir.) *Historia General de América Latina V. La crisis estructural de las sociedades implantadas*, Madrid, Unesco/Trotta, 2003.

-Costales, Marcela. *La comandante inmortal*, Quito, Presidencia de la república, 2008.

-Duarte, Carlos. *La vida cotidiana en Venezuela durante el Periodo Hispánico*, Caracas, Fundación Cisneros, 2001.

-Harvey, Robert. *Los libertadores*, Barcelona, RBA, 2002.

-Lucena Salmoral, Manuel (Coord.) *Historia de Iberoamérica. Tomo III. Historia contemporánea*, Madrid, Cátedra, 2008.

-Morón, Guillermo. *Historia de Venezuela*, Caracas, Italgráfica, 1971.

V tomos.

-Miranda, Francisco de. *América espera*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1982.

-Murray, Pamela S. *For glory and Bolívar. The remarkable life of Manuela Sáenz*, Austin, University of Texas Press, 2008.

-Quintero, Inés. *La criolla principal*, Caracas, Fundación Bigott, 2003.

-Quintero, Inés. *Manuela Sáenz; una biografía confiscada*. En torno a la película Manuela Sáenz. La libertadora del Libertador. Artículo aparecido el sábado 25 de noviembre de 2000 en Analítica.com [<http://www.analitica.com/bitblo/iquintero/manuela.asp>].

-Quintero, Inés. *Mirar tras la ventana. Testimonios de viajeros y legionarios sobre mujeres del siglo XIX*, Caracas, Alter Libris/UCV, 1998.

-Romero, Denzil. *La esposa del Dr. Thorne*, Barcelona, Tusquets, 1988.

-Rumazo González, Alfonso. *Manuela Sáenz. La Libertadora del Libertador*. Madrid, Edime, 1979.

-Sáenz, Manuela. *Epistolario*. Quito, Banco Central de Ecuador, 1986.

-Safranski, Rüdiger. *Romanticismo. Una odisea del espíritu alemán*, Barcelona, Tusquets, 2009.

-Taxin, Amy «La participación de la mujer en la Independencia: el caso de Manuela Sáenz», en *Procesos, Revista Ecuatoriana de Historia*, #14, Quito, Corporación Editora Nacional, 1999, pp. 85-113.

-VV. AA. *Diccionario de Historia de Venezuela*, Caracas, Fundación Polar, 1988. 3 tomos. (Edición en CD ROM: Caracas, Fundación Polar, 2000).

-Von Hagen, Victor. W. *The four Seasons of Manuela*. Great Britain, Plata Publishing, Ltd., 1974.

Índice

La independencia en femenino [5]
Francisco Martínez Hoyos

Entre el recogimiento y la pena de muerte: la participación de las mujeres en la Guerra de Independencia en México [15]
Rosío Córdova

Empoderamiento de género y ficción literaria: Las *insurgentas* mexicanas en el bicentenario de la Independencia [44]
Concepción Bados

Contigo en la distancia: las mujeres y el exilio de los patriotas chilenos en las islas Juan Fernández [103]
Carolina Valenzuela

Las mujeres en la independencia peruana [125]
Francisco Martínez Hoyos

Feas, viejas y rudas: Las mujeres realistas [154]
Francisco Martínez Hoyos

Manuela, la «amable loca» [178]
Juan Carlos Chirinos

Mucho más que heroínas. Vivencias femeninas en la Independencia de Venezuela [208]
Inés Quintero

Mujeres visibles e invisibles en la historia de la Independencia [227]
Amor Perdía

La construcción de la leyenda nacional: Juana Manuela Gorriti [262]
Francisco Martínez Hoyos

AUTORES

CONCEPCIÓN BADOS CIRIA.

Doctora en Filología Hispánica por la Universidad de Washington, es profesora titular de la Facultad de Formación del Profesorado y Educación de la Universidad Autónoma de Madrid, donde imparte clases de didáctica de la lengua y la literatura en lengua española. Es responsable del área de lengua española en la Organización del Bachillerato Internacional y habitual colaboradora del Centro Virtual del Instituto Cervantes. Sus áreas de investigación se centran en la enseñanza de la lengua y literatura en relación con los estudios de género y los estudios culturales.

Es autora de cuatro manuales destinados a la enseñanza de la lengua y la literatura en español (*Textos literarios y ejercicios I, II, III, IV*, Madrid: Anaya: 2001), además de Literatura y cine (Santillana, 2001). Es coautora de *La mujer en los textos literarios: Antología didáctica*, (2007) y *Voces femeninas: Hacia una nueva enseñanza de la literatura* (2008). Ha publicado más de un centenar de artículos y reseñas en diferentes revistas nacionales y extranjeras y ha traducido, del inglés, cuatro libros, entre ellos, *Escritos (1940-1948)*. *Literatura y política*, de George Orwell (Barcelona: Octaedro, 2001.)

Ha impartido cursos y seminarios como profesora invitada en Estados Unidos (Universidad de Washington (Seattle), Oregon (Eugene), Riverside (California), Túnez, (Universidad de La Manouba), Ghana (University of Ghana), México (El Colegio de México y Universidad Autónoma Metropolitana), Italia (Bérgamo) y España (Universidad de León y Universidad de Alcalá).

CAROLINA VALENZUELA MATUS.

Licenciada en Historia y profesora de Historia y Geografía por la Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación. Ha trabajado en Chile como profesora de Historia en los niveles de secundaria, educación de adultos y enseñanza universitaria. Es Magíster en Historia de Chile y América por la Universidad de Valparaíso para el cual realizó una investigación sobre las relaciones entre la Iglesia y el Estado en Chile durante la revolución de 1891. Actualmente se dedica a su investigación doctoral "El Legado clásico en los cronistas y evangelizadores del siglo XVI americano", que realiza por la Universidad Autónoma de Madrid.

ROSÍO CÓRDOVA PLAZA

Doctora en Ciencias Antropológicas, investigadora del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana. Investigadora nacional II. Es especialista en estudios de género, cuerpo, sexualidad, trabajo sexual, turismo sexual, migración y grupos domésticos. Recibió el premio del Senado al mejor ensayo sobre la Independencia, la mención honorífica del Premio INAH Bernardino de Sahagún a la mejor investigación en antropología social de 2009, el primer lugar del premio de género “Helen I. Safa” 2000 de la Latin American Studies Association y el primer lugar del Premio Nacional de Investigación sobre las Familias 1996. Autora de *Migración internacional, crisis agrícola y transformaciones culturales en Veracruz* (con Cristina Núñez y David Skerritt), de *Los peligros de cuerpo. Género y sexualidad en el centro de Veracruz* y compiladora de *In God We Trust: del campo mexicano al sueño americano* y de más de 60 artículos especializados.

AMOR PERDÍA

Escritora y docente. Recibida de profesora en historia en la Universidad Nacional del Litoral, ejerce, actualmente, la docencia en el nivel medio y universitario (Universidad Nacional de Lanús). Ha coordinado talleres literarios para adolescentes y escrito obras de teatro. Es coautora de los libros de cuentos y poemas: *Dos naufragos, un cronista y catorce certidumbres*, (1995); *La epopeya, el emisario, los salvos y el escritor*, (1996); y *El testamento, la tribu y el árbol en llamas*, (1998). Desde 2004 realiza un suplemento educativo para el diario “Noticias de la Calle”, de la provincia de Misiones.

JUAN CARLOS CHIRINOS

(Valera, Venezuela, 1967). Autor de las novelas *El niño malo cuenta hasta cien y se retira* (2004), con la que fue finalista del premio Rómulo Gallegos, *Leerse los gatos* (1997), *Homero haciendo zapping* (2003), *Los sordos trilingües* (2011) y *Nochebosque* (2011). Incluido en antologías narrativas de Venezuela, España, Francia, EE. UU., Argelia, Cuba y Canadá; compiló la antología *Zgodbe iz Venezuele* (Liubliana, 2009). Ha escrito las biografías *Francisco de Miranda, el nómada sentimental* (2006), *Albert Einstein, cartas probables para Hann* (2004), *Alejandro Magno, el vivo anhelo de conocer* (2004), y *La reina de los cuatro nombres. Olimpia madre de Alejandro* (2005).

Estudió en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas y en la Universidad de Salamanca. Actualmente reside en Madrid, donde se dedica al asesoramiento y la enseñanza de la escritura creativa.

FRANCISCO MARTÍNEZ HOYOS

Francisco Martínez Hoyos (1972), se doctoró por la Universidad de Barcelona con una tesis sobre la JOC (Juventud Obrera Cristiana). Desde entonces, dedicó numerosas investigaciones a la historia del progresismo cristiano. Destaca, entre ellas, *La cruz y el martillo* (Rubeo, 2009), una biografía de Alfonso Carlos Comín. En los últimos años, sin embargo, se decanta hacia América Latina. Su interés por el periodo de las independencias se refleja en la biografía *Francisco de Miranda, el eterno revolucionario* (Arpegio, 2012). Es miembro del consejo de redacción de *Historia, Antropología y Fuentes Orales*. Colabora como articulista y crítico en publicaciones como *Historia y Vida*, *El Ciervo* o *Spagna* contemporánea.

INÉS QUINTERO

Historiadora, profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela. Magister y Doctora en Historia, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia. Obtuvo la Cátedra Andrés Bello de la Universidad de Oxford (2003-2004). Fullbright Fellow en la Biblioteca del Congreso, Washington D.C. (1992). Ha sido profesora e investigadora visitante en diferentes universidades fuera y dentro de su país. Es coordinadora por Venezuela del proyecto editorial *América Latina* en la *Historia Contemporánea*, de la Fundación Mapfre y el Grupo Santillana de España. Entre sus libros se cuentan: *El Ocaso de una estirpe* (1989) (2009), *El Pensamiento Liberal Venezolano del siglo XIX* (1992), *Antonio José de Sucre. Biografía Política*, (1998) (2006); *Mirar tras la ventana (Testimonios de viajeros y legionarios sobre mujeres del siglo XIX)*, (1998); *La Conjura de los Mantuanos* (2002) (2008); *La Criolla Principal, María Antonia Bolívar, la hermana del Libertador* (2003) (2009); *Las Mujeres de Venezuela. Historia Mínima* (2003); *El último marqués* (2005); *Francisco de Miranda*, (2006); *La palabra ignorada. La mujer testigo oculto de la Historia en Venezuela* (2008); *El marquesado del Toro 1732-1851 (Nobleza y Sociedad en la Provincia de Venezuela)* (2009); *El relato invariable* (2011); *El fabricante de peinetas. Último romance de María Antonia Bolívar* (2011).

MARÍA HIMELDA RAMÍREZ

Doctora en Historia de América de la Universidad de Barcelona, magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia y cuenta con estudios de pregrado en trabajo social en la misma universidad, en donde se desempeña como profesora e investigadora tanto del Departamento de Trabajo Social como de la Escuela de Estudios de Género; ha ofrecido varios cursos y seminarios sobre la historia de las mujeres. Ha publicado, *La historia de las mujeres y la sociedad de Santafé de Bogotá (1750-1810)*, *De la Caridad barroca a la caridad ilustrada, mujeres género y pobreza en Santa Fe de Bogotá, siglos XVII y XVIII*; es colaboradora habitual de la revista *La Manzana de la Discordia* del Centro de Estudios de Género de la Universidad del Valle, Colombia y prepara un libro sobre las mujeres en la Independencia de la Nueva Granada.

Biblioteca de Cultura Ibérica

1.- Testigo del tiempo, memoria del universo. Cultura escrita y sociedad en el mundo ibérico (siglos XV-XVIII).

Manuel F. Fernández, Carlos Alberto González y Natalia Maillard (compiladores).

2.- Poblar la inmensidad: sociedades, conflictividad y representación en los márgenes del Imperio Hispánico (siglos XV-XIX).

Salvador Bernabéu Albert (coordinador)

En *Heroínas incómodas* se reflexiona sobre la pluralidad de experiencias femeninas durante el proceso de independencia de Hispanoamérica de la monarquía española: las mujeres lucharon con las armas en la mano, fueron espías, propagandistas, rabonas... Unas pertenecían a las clases altas y conspiraban en los salones. Otras procedían del pueblo bajo, con problemáticas propias como la esclavitud de las negras o la discriminación racial de las indígenas. Todas asumieron un protagonismo inédito en un mundo efervescente. Sin embargo, conseguida la libertad, fueron relegadas nuevamente al espacio doméstico.



ISBN 849398654-2



9 788493 986544